

SANTA LUISA DE MARILLAC

Co-Fundadora de las Congregación de las Hijas de la Caridad
(1591 - 1660)

Fiesta el día 15 de Marzo



Luisa de Marillac nace el 12 de agosto de 1591. Es una parisina de origen oscuro, nunca se supo quien fue su madre. Su posible padre, Luis, Ministro de Justicia de Luis XIII, de la noble familia de los Marillac, le da su nombre y apellido y le deja una pequeña renta para cuando él falte haciendo constar en su testamento que *“Luisa ha sido mi mayor consuelo en este mundo, Dios me la ha dado para apaciguar mi alma en las aflicciones de la vida”*

Desde muy pequeña, la llevan al convento real de Poissy, de religiosas dominicanas, donde encuentra a una tía abuela llamada también Luisa de Marillac. Allí comienza su sólida formación, su excelente cultura y su ferviente iniciación en el

conocimiento de Dios.

Hacia los doce años es trasladada a un modesto pensionado, al lado de una buena mujer hábil y virtuosa, con otras jovencitas como ella, donde completará su formación, aprendiendo además de las tareas propias de su condición, los quehaceres de la casa y las cosas prácticas de la vida, que tan valiosas le serán en el futuro. Joven fervientemente piadosa, se siente atraída por la vida claustral de total austeridad y oración y en un arranque de fervor promete a Dios hacerse religiosa capuchina. Algo después pide su ingreso en esa orden al Padre Honoré de Champigny, provincial de los capuchinos, quien al rechazarla, aparentemente por su frágil salud, con proféticas palabras le dice: *“Dios tiene otros designios sobre usted”*

La familia de Marillac se preocupa entonces de casar a la joven. Octaviano d’Attichy, uno de sus tíos, propone a Antonio Le Grass, secretario de la reina María de Médicis. El matrimonio se celebra el día 5 de febrero de 1613 en la Iglesia de San Gervasio. Luisa a sus veintidós años pasa a ser “la señorita Le Grass”, el título de señora estaba reservado a la nobleza. Comienzan Luisa y Antonio a disfrutar en su nuevo hogar de una dicha que ella hasta entonces no había conocido, viven en amor y armonía y la llegada de su hijo, el pequeño Miguel Antonio, acrecienta su felicidad.

De 1613 a 1617 fueron años venturosos, luego sobrevienen diversas dificultades que empañan esa dicha: Miguel Antonio, su hijo, es enfermizo y difícil. Los siete hijos del matrimonio d’Attichy quedan huérfanos y el señor Le Grass se preocupa más de los bienes de sus sobrinos que de los propios, acarreando posteriormente una penuria económica que pone en peligro incluso el futuro de su hijo. Sus tíos Miguel y Luis mueren uno encarcelado, el otro ejecutado. Antonio, su esposo, cae enfermo volviéndose su carácter irritable y voluble.

Ante tanta contrariedad, Luisa se inquieta y le asaltan dudas ¿no será ella la responsable por no haber cumplido lo que había prometido a Dios? Le dan ganas de dejar a su marido enfermo, pero ¿qué hacer con su difícil hijo? Comienza a dudar de todo: de la inmortalidad del alma, de la existencia de Dios. Para encontrar la paz, multiplica ayunos, vigiliias y oraciones, retiros, confesiones generales y por fin, Luisa, encuentra de nuevo la certeza de la fe. Fue el domingo 4 de junio de 1623. “**Su luz de Pentecostés**”. En un solo instante se disiparon todas las dudas de su espíritu. Comprende que debe permanecer junto a su marido y vislumbra lo que luego será su futura vocación y misión: una pequeña comunidad consagrada al servicio de los Pobres, donde tendría ocasión de hacer votos de pobreza, castidad y obediencia.

Libre de dudas, durante dos años más, cuida cariñosamente de su marido y el 21 de diciembre de 1625 el señor Le Grass muere santamente en sus brazos. Por razones económicas tiene que cambiarse a una casa más modesta donde vivirá con su hijo, cerca del Colegio de Bons-Enfants, decidiendo entregarse totalmente a Dios y a las buenas obras.

Francisco de Sales, su entonces director, la encamina a Vicente de Paúl que había comenzado ya sus ingentes obras de misericordia, como las Caridades, asociaciones al servicio de los pobres. Vicente la acoge con paciencia y bondad ayudándola a descentrarse de sí y a simplificar su vida de oración y sus prácticas de devoción y penitencia, a salir lentamente de sus depresiones y a abrirse a los demás, encomendándola preparar ropa para los pobres.

Vicente descubre en Luisa, una mujer llena de Dios, de una personalidad rica, despierta e inteligente, de amplia cultura y gran sentido de organización. Piensa que puede ser su más cercana colaboradora en la tarea que sus “Caridades” han abierto ante él con apremiante urgencia y con horizontes infinitos: «**El servicio de Jesucristo en los pobres**» Luisa pondrá en ellas todo su corazón y el toque maternal y femenino.

En mayo de 1629, el Sr. Vicente lanza a la Señorita Le Grass por los caminos de Francia, a visitar las “Cofradías de la Caridad” establecidas en aldeas y poblados a veces alejados de París a los que Luisa se dirige con diligencia o caballo, hospedándose en las posadas del camino, venciendo no pocas dificultades que le permiten descubrir cada vez más la realidad del mundo de los pobres. Contagiadas por el entusiasmo de Vicente, para auxilio de las “caridades” las grandes señoras de París, abren sus bolsas y jóvenes campesinas, “*servientas de los pobres por vocación*” vienen a auxiliar empleándose en los menesteres más humildes que no podían desempeñar las damas.

Luisa por encomienda de Vicente, hacia 1630 va preparando a estas jóvenes para el servicio. Las acoge, las coloca en las “Caridades”, las sigue, las guía y acompaña y poco a poco va viendo la necesidad de reunir las en comunidad para apoyarlas y formarlas mejor. Vicente que no ve aún esa necesidad pospone la decisión, mas ella insiste, espera, reflexiona y ora. Cuando llegó la hora de Dios, Vicente cambia de opinión y en agosto de 1633, escribe a Luisa: «**Respecto a la Caridad de sus hijas, he recordado lo que usted me pedía, he pensado seriamente en esa buena obra. Volveremos a hablar de ello, Dios mediante, el viernes o sábado si no me manda usted llamar antes**»

Después de algunas experiencias y preparativos, Luisa recibe en su casa a algunas jóvenes para vivir bajo su dirección y en comunidad fraterna. Son las primeras piedras de la Compañía de las Hijas de la Caridad. Es el 29 de noviembre de 1633. Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, acompañan, sostienen, orientan, organizan esta comunidad completamente nueva en la Iglesia, sin claustro, sin monasterio, las Hermanas recorren las calles de las ciudades y los senderos de los pueblos para socorrer a todos los que se encuentran necesitados. **«El amor de Jesucristo crucificado nos apremia»**, tal es la consigna que les ha dado Luisa de Marillac. Después de un tiempo de noviciado, Luisa y sus compañeras pronuncian sus votos, en la fiesta de la Anunciación de 1634, fecha en que renovarán sus votos, desde entonces y en todo el mundo las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

A partir de entonces, como una bola de nieve, la acción de las Hermanas de la Caridad se convierte en un alud arrollador. Se multiplican las obras a favor de **“sus señores los pobres”**, como gusta llamarlos. Visita a hospitales; acogida de niños expósitos; atención a las regiones en guerra. Se extienden a Flandes y Polonia y luego a todo el mundo. Asilos para pobres; establecimientos para locos y enfermos mentales. No hay dolencia sin remedio para Luisa y sus compañeras.

A principios de 1655, el 18 de enero quedaba canónicamente erigida la Congregación de las Hijas de la Caridad. San Vicente les leyó las Reglas y les dijo: **«De hoy en adelante, llevaréis el nombre de Hijas de la Caridad. Conservad este título, que es el más hermoso que podéis tener»** La humildad, la sencillez y la caridad son el alma de la Compañía, La dulzura, la compasión, la cordialidad, el respeto y la devoción, las actitudes imprescindibles para el servicio. El respeto cordial, la tolerancia mutua, el olvido de sí mismas, la atención a los demás, la alegría de vivir, condiciones indispensables para vida comunitaria de estas jóvenes llamadas a vivir juntas. Contrariamente a lo que ha ocurrido a otras comunidades también nacidas para atender a los pobres, las Hijas de la Caridad han permanecido fieles a su carisma.

La actividad desarrollada por Santa Luisa era sobrehumana, a pesar de su débil constitución. Cayó agotada en el surco del trabajo Vicente también enfermo, no pudo acompañarla a la hora de la muerte. Le envió este recado: **«Usted va delante, pronto la volveré a ver en el cielo»** y el lunes de pasión, el 15 de Marzo de 1660, entre las 11 y las 12 de la mañana a los sesenta y ocho años de edad, pasa de este mundo al Padre. Una sencilla cruz de madera, conforme a su deseo con la inscripción **“Spes única”** (Única esperanza), se pondrá junto a su tumba.

Los venerables restos de Santa Luisa de Marillac reposan en Paris, en la casa madre de la Congregación, en la misma capilla de las apariciones de la Virgen de la Medalla Milagrosa a Santa Catalina Labouré.

Fue canonizada en 1934 por el Papa Pío XI y en 1960, el Papa Juan XXIII la declara patrona de los que se dedican a las obras sociales.

